

columna para un lector sencillo

A CABO de deambular, por razones de trabajo y a instancias de mi curiosidad, por varias ciudades españolas. En casi todas ellas he tenido la oportunidad de hablar con pequeños grupos, con personas que intentan hacer teatro de cámara, que dirigen un cine-club o que publican algún que otro artículo modestamente explosivo. Nuestras conversaciones tenían siempre un mismo entorno: teatros cerrados o dedicados al cine, esporádica presencia de alguna compañía de segundo orden con obritas sin importancia, carteleras cinematográficas plagadas de títulos violentos y estúpidos. Recuerdo que en una de estas ciudades —en Gijón— estrenaron el viejo «B 1/2», de Fellini, y que la cosa pasó, a falta de costumbre, sin pena ni gloria.

En otra ciudad —ésta castellana— me encontré con una crítica que examinaba implacablemente el último montaje que el Teatro de Cámara local había hecho de un importante autor contemporáneo. Yo no sé si el crítico sabía tanto como para adoptar tal actitud; lo cierto es que, en el marco concreto de la vida teatral y aun cultural de la ciudad, aquello parecía terriblemente extemporáneo y confuso. Sin pretenderlo, el crítico venía a hacer un flaco servicio al teatro, no ya porque dijera esto o lo otro, sino porque los argumentos y términos de su discurso evidenciaban ante el lector medio que el teatro era cosa complicada, difícil y de unos pocos.

Leer tales críticas o escuchar exigencias maximalistas en ámbitos culturalmente subdesarrollados produce siempre una mezcla de tristeza e indignación. A un lado del tabique están los «puros», los que han resuelto las contradicciones de nuestra época declarándose seres superiores; al otro, los demás, cada vez más automatizados, más aferrados a sus proyectos de bienestar. Esclisión grave, que el intelectual debe vivir como uno de los problemas medulares de su sociedad y de su época, y contra la que debe alzarse en la medida de sus fuerzas. Aunque ello, quizá, acarree su propia destrucción.

Cuando falla la práctica, la acción, a menudo es porque falla algún punto en las ideas. Y no basta decir al respecto que la realidad ofrece objetivamente estos y aquellos puntos negativos; hay que añadir que algo va mal en nuestra interpretación de esa realidad si, partiendo de una voluntad de eficacia y de llegar a los más, acabamos reducidos a la polémica bizantina o al discurso pedante.

¿Y cómo hacer una literatura que interese al hombre medio y que valga la pena? ¿En qué marco se mueve? ¿Qué estímulos generales acompañan a esa literatura? ¿Qué problemas pueden y qué otros no pueden plantearse? ¿Cuáles son las causas de esa escisión entre nuestros intelectuales y nuestro pueblo?

Cuando se ha hecho, por segunda vez, a Valle, el público, una ancha zona de público, ha respondido. Cuando se han abierto los Cines de Arte y Ensayo, el público, un público que «nadie había visto», ha respondido. Hay, más acá del tabique, una sociedad donde, pese a todo, no faltan los núcleos hipersensibilizados y en pugna con la general indiferencia. ¿Por qué no hemos sabido hacer un trabajo para ellos? ¿Por qué nuestras revistas culturales son tan minoritarias y, con frecuencia, tan distantes y tan oscuras?

Ocurre en esto lo siguiente: que el intelectual no acepta los límites que marca la realidad teatral, cinematográfica y, en términos generales, cultural de nuestro ámbito concreto. Necesita referirse a los reales niveles internacionales, citando textos y películas a su juicio fundamentales, aunque en muchos casos desconocidas del espectador español. De ahí una gran parte de su involuntaria oscuridad, a la que tampoco es ajena la necesidad de utilizar, en ocasiones, términos ambiguos, claves que el lector debe descubrir. Juego, en definitiva, lícito y necesario, con una sola e impostergable condición: que el escritor sea consciente de esta contradicción entre sus fuentes intelectuales y su realidad, que la asuma y la padezca, que la afronte desde una perspectiva múltiple, sabiendo cuál es su medio, sin convertir jamás su situación en un privilegio, en una aristocrática enclaustración, en una pasividad voluntaria.

El diálogo entre el intelectual y el pueblo —en su sentido más amplio y menos demagógico— se ha roto. Unos discuten sobre unas cosas y a los otros les interesan otras.

Y uno sabe que, entre tanta confusión, hay gente válida, españoles para tener ese teatro, ese cine y esa cultura que necesitamos.

JOSE MONLEON



EL MAS IRRESISTIBLE EXITO DEL CINE EUROPEO DESDE "LA ESCAPADA"



VITTORIO GASSMAN



MARIO CECCHI GORI PRESENTA

UN TIGRE EN LA RED

(IL TIGRE)

ANN-MARGRET ELEANOR PARKER



DIRIGIDA POR DINO RISI ESCRITA POR AGE SCARPELLI UNA PRODUCCION FAIR FILMS, S.p.A.

EASTMANCOLOR

LA PELICULA QUE APLAUDE RIE Y COMENTA MEDIA EUROPA (la otra media aún no está en edad de verla) HA EMPEZADO A RECORRER SU TRIUNFO POR ESPAÑA